

AMANECER

El amanecer acecha a la noche
entre la niebla de la madrugada
y un suspiro del alba
hiere el oscuro telón.

El aire se vuelve frío
y silba entre los árboles,
despierta a los animales
y ofende el silencio de la luna.

La aurora empapa de rocío
la pasión de los amantes
y transforma la belleza nocturna
en horribles sombras alargadas.



LAS UVAS VERDES

La mujer abre la puerta. El chico mira con
desconfianza a ambos lados y entra de
forma clandestina. La sigue por las escaleras sombrías.
Intenta dibujar su silueta en la penumbra y percibe
matices que le aceleran el pulso.

En la intimidad de la habitación, ella deja caer
el vestido y le entrega su alma en bandeja. El joven,
desconcertado, devora la carne con deleite animal,
pero obvia lo intangible. Saciado el apetito, la mira a
los ojos. Entonces huye antes de que la primera
lágrima asome a los párpados.

Cuando sale a la calle la noche reina en cada
rincón. El silencio envuelve las horas y solo se rompe
levemente con sus pisadas rápidas.

La mujer se asoma a la ventana y lo ve
desaparecer entre las sombras. Sonríe y piensa que
quizás las uvas estaban verdes.

EL VIEJO POETA

Francisco despierta al nuevo sol viejos
recuerdos. En el juego alborotado de los
niños reconoce los matices perdidos de una infancia
muerta. Su vida, ahora sencilla, se asienta en pilares
de tristezas y años difíciles. No suele evocar los
momentos felices y sí la pérdida de aquellos que
quedaron en el camino.

Le gusta pasear por el parque y detenerse a
contemplar el paso del tiempo. Mira sin disimulo a los
ojos de la gente. Cree que así desnuda el alma de los
otros. Cuando está en la soledad de su casa se rodea de
cientos de libros y se pasa las horas escribiendo largos
poemas. Sus versos son de amores crueles, de terribles
primaveras y de besos prohibidos. Cualquiera que los
leyera pensaría que son obra de un artista joven, pero
Francisco pasa ya de los ochenta.

Una vez contó a sus hijos que guardaba
cientos de cuadernos llenos de poesías. Esperó
despertar cierto interés. Un silencio indiferente fue la
única respuesta que recibió.

Martita, su nieta pequeña, es distinta. Tiene
quince años y devora libros. Quiere ser escritora y lo
hace bien. Lee con entusiasmo los cuadernos de su
abuelo y le promete que algún día los publicará.
Francisco entonces sonríe y deja ver unos trazos de
felicidad dibujados en su rostro. En la chiquilla
distingue el reflejo de sus viejas ilusiones.

VOLVER

En la tumba del olvido
germina la semilla del recuerdo.

LA CREACIÓN

Los ángeles vivían en paz y armonía. De su
historia habían desterrado las guerras y
disfrutaban de una sociedad próspera y feliz. Tenían
una ciencia muy avanzada. Eran grandes amantes de la
vida y recuperaban especies extinguidas.

Un día apareció, entre los hielos eternos del
polo, el cadáver de una extraña criatura en buen estado
de conservación. Lo llamaron humano. Tras meses de
estudio decidieron su clonación. Crearon varios
individuos machos y hembras. Al poco tiempo,
llegaron a reproducirse de tal forma que se
extendieron por todo el mundo.

Pero los humanos eran violentos y voraces y
pronto comenzaron a matar a los ángeles. En no
muchos años los exterminaron y se quedaron como
dueños de la Tierra.

El ser humano vivió salvaje y tuvo, durante
siglos, que sufrir su propia evolución. Destruyeron
todo cuanto les rodeaba y provocaron guerras terribles
donde se mataban entre ellos por un puñado de tierra
despreciable.

Hoy, hay algunas personas que sueñan con
seres superiores que los guían y protegen. Los llaman
ángeles.

HORA DEL RECREO

En aquel tiempo, no había mayor placer
que desenvolver, de su traje de plata, el
bocadillo de mortadela con mantequilla. El aroma que
desprendía era suficiente para inundar de saliva la
boca hambrienta.

El recreo era ese pequeño paraíso de media
hora, a las once de la mañana, en el árido desierto de
interminables clases.

Fui creciendo junto a mis compañeros, hasta
que un buen día no hubo bocadillo ni recreo.

EL BESO DE LAS SOMBRAS

La mañana de otoño regalaba un cielo de mullidas nubes blancas. Mis ojos se despegaron del pavimento gris y se inundaron de algodones. Llené mis pulmones de aire fresco y al expirar, los temores huyeron de su encierro.

Cuando perdí de vista mis miedos, comprobé que los pies iban más ligeros. Pero aquello no duró más que un breve instante. Al volver una esquina me esperaba. Apenas me vio, clavó sus uñas afiladas y negras en mi pecho. El dolor casi me hizo desfallecer, aunque me mantuve en pie. Quise atraparlo, pero se desvaneció como una bruma liviana.

Seguí mi camino con tristeza. Sabía que aquel encuentro me había infectado el corazón de sombras. Llegué a mi casa con dificultad. Mis pasos lentos desangraban el ánimo y secaban las esperanzas.

Me dejé vencer y pronto las lágrimas empaparon los algodones hospedados en mi mirada. Aquel día aprendí el significado escondido de varias palabras.

MÚSICA

Las cuerdas de la guitarra quiebran
el silencio de la soledad
y como rayos de luna,
rasgan la noche.

Las cuerdas de la guitarra diluyen
la arena de la garganta
y fluye de nuevo la vida
por las viejas cañerías.

Las cuerdas de la guitarra rompen
las horas de platos vacíos
y la melodía extirpa
la miseria enquistada.

EN EL PARQUE DE ATRACCIONES

Cuando bajó de la noria se sintió un poco mareada. No era propensa al vértigo y disfrutaba con las atracciones más emocionantes. La noria tampoco era grande. Quizás rotaba demasiado rápido y eso fue lo que le provocó la sensación de tener el estómago a la altura de la garganta.

Se sentó en un banco frente al tiovivo. Se fijó entonces en el decorado de los caballitos y carromatos, recargado hasta la saciedad con miles de detalles coloridos. Predominaban las capas de pintura dorada. Desde esa distancia y con las últimas luces del día, parecía el tesoro de un cuento de piratas.

Calmó el ánimo observando el vaivén lento del carrusel con su repetitiva musiquilla estridente. Siempre le gustó aquel rincón del parque de atracciones.

Pronto se sintió recuperada y se levantó dispuesta a seguir el recorrido, pero la sensación de vacío volvió con más fuerza y se tuvo que sentar de nuevo. Notaba las manos frías y temblorosas. Unas gruesas gotas de sudor resbalaron por su espalda y le hicieron estremecerse. Intentó relajarse, pero el tiovivo le parecía ahora algo horrible. Pasó cerca un chico de mantenimiento y a punto estuvo de pedir ayuda. En el último momento se contuvo. Sabía con certeza que su mal no tenía cura. La soledad era una pobre compañera para el único fantasma del parque de atracciones.



Víctor Manuel Jiménez Andrada. 2010



INFO ABOUT RIGHTS
1 010157 578290
www.safecreative.org/work



Todos los textos están registrados
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0

Letras Breves

poesías y microrrelatos

Nº 1

oct-dic 2010



Víctor Manuel Jiménez Andrada
www.papirowebxia.com

EL GUÍA

Dame la mano y acompáñame. Sé que mi piel es fría, pero te prometo que, al final de nuestro camino, el cálido fuego del placer acariciará tu cuerpo. Magdalena estará en todo momento delante de nosotros. Alumbrará con un farol rojo la oscuridad del sendero para que no tropecemos con raíces inoportunas.

No te preocupes por la densa niebla que empaña los ojos. Pronto se evaporará y ante nosotros aparecerá, como salido de la nada, un divino ángel de ojos azules y negras alas. Se elevará en majestuoso vuelo, con su sombra cubrirá nuestros cuerpos y todo se fundirá en un mismo crisol.

Creo que entonces sabrás que merece la pena arrancar y quemar las hojas de los libros que han marcado siempre lo correcto. Desnudaremos así la hipocresía de falsos profetas. Descubriremos la cara terrible y monstruosa que se esconde detrás de unas palabras, aparentemente, piadosas y sabias.

Si no has tenido dudas hasta ahora y quieres continuar, todo te será concedido. Pero si en cualquier momento el miedo te quiebra, no olvides que puedes girar sobre tus pies e irte. Nada me debes.